

Introducción al viaje

El título de este libro ha sido tomado de un artículo publicado por Yolanda Pantin en el Papel Literario de El Nacional en agosto de 2002 en el que relataba sus impresiones de 17 días en Polonia, Lituania, Letonia y Rusia. ¿Qué había ocurrido en los años de socialismo real? ¿Qué habían dejado los comunistas en su largo reinado? Aquellos países del pasado parecían ser nuestro futuro, el de Venezuela, quiere decirse. Tiempo insuficiente para dar por conocidos esos países y a la vez tiempo ávido ante todo lo nuevo y extraño. Es imprescindible que nos declaremos investigadoras del poscomunismo, le dije a Yolanda, y con esa misión hicimos seis viajes entre 2002 y 2012.

Lo primero que puede decirse de estos países es que el paisaje geográfico es poco interesante, incluso aburrido, hasta cierto punto pobre y falto de gracia. Salvo los montes Cárpatos, el lago Baikal y algunos ríos de Siberia, el escenario natural carece de atractivo. Igual para la gastronomía. Salvo las ciudades y algunas aldeas el recorrido es monótono; gris, aunque haya sol; plano, aunque de vez en cuando algún relieve aparezca en el perfil del horizonte. Nada para el pintoresquismo que podemos esperar de la Europa mediterránea. Estas son inmensas llanuras y extensiones de bosques ralos que agradecemos no recorrer en invierno, o desiertos que en verano alcanzan los 50°. Los idiomas son paredes macizas, no solo al oído sino a la vista puesto que ni podemos deletrear los caracteres cuando se basan en las variantes del alfabeto cirílico. Una vivencia de analfabetismo que nos deja en blanco frente al nombre de una calle. Exceptuando unas pocas palabras que logramos intuir del rumano escrito, la opacidad es total. Vemos personas, algunas muy bellas, y es solo su exterior lo que apreciamos. Si nos comunicamos en un idioma occidental –los europeos centrales y orientales son particularmente hábiles para el aprendizaje de otras lenguas, aunque no es algo común en la mayoría de la población– la opacidad cede levemente. Pero es solo un intercambio de información, el alma permanece oculta. Quizá sea el efecto de haber vivido en silencio por décadas, de la costumbre de susurrar alrededor de la mesa de la cocina. No es la reserva de expresión emocional de los anglosajones (los rusos, por ejemplo, son muy emotivos), sino un muro que se eleva en la palabra, una pared infranqueable aun en medio de una animada conversación. Lo que pasa en nosotros es solo nuestro, parecen decir, y eso aunque por azar se haya producido un brillo de lo que llamaríamos intimidad. Han dominado el hábito de ocultar los pensamientos, y al mismo tiempo son los creadores de una maravillosa expresión literaria. Los autores más viejos, escritores acostumbrados al *samizdat* y a la censura, a crear dentro de sí mismos o a disfrazar el sentido de lo escrito, como Ismail Kadare. Los más jóvenes educados en recordar. Una

ética de la creación que nada tiene que ver con la expectativa de *best seller* que acompaña al escritor occidental.

Me corrijo. Ellos son también occidentales, son el este del oeste. El mundo misterioso tras el *telón de acero* que excitaba mi curiosidad adolescente, un inmenso territorio plagado de nombres de ciudades desconocidas, apreciable en los mapas, pero vedado a la experiencia. Un mundo que los del oeste del oeste tardamos mucho tiempo en conocer. Yo, al menos. Incluso la literatura, salvo los clásicos rusos, Kafka y algunos premios Nobel, ¿qué escribían los checos, los eslovacos, los albanos, los húngaros, los serbios? Una inmensa biblioteca que apenas hemos ido intentando explorar con el tiempo, junto a la también extraordinaria producción cinematográfica. Lo que sigue a continuación no es, pues, una crónica informada sino las impresiones de viaje de dos venezolanas que querían conocer el poscomunismo y que finalmente solo podían verlo desde Venezuela. La reconstrucción de esos viajes, de algunos de los cuales hace ya mucho tiempo, no hubiera sido posible sin la afición, casi obsesión, de Yolanda por fotografiarlo todo, y de su calculada minuciosidad en guardar las memorabilia: tickets de metro, entradas de museos, tarjetas de lugares, mapas de bolsillo, folletos, y una larga cantidad de pequeñas cosas.

“El que viaja suele sentir la necesidad de escribir el viaje”, leo *En la ciudad líquida* de Marta Rebón, gran viajera. Y así parece. Más que la escritura de un viaje, estas páginas son la lectura posterior de unos viajes que alguna vez hicimos. El recuerdo de una película que vimos en la que muchas imágenes pueden haberse mezclado y confundido con las originales. Sea como fuere, esta es la crónica del poscomunismo según

Ana Teresa Torres y Yolanda Pantin